

NICO MUNUERA. La medida de bastantes cosas.

Los muros que soportan *La medida de la intuición* funcionan a modo de cuaderno de campo. Sobre ellos cuidadosamente anotadas y desarrolladas las mediciones y restos de un proceso que podría anticipar un resultado quizás más concreto, pero también más frío o más predecible. No es el caso, Nico Munuera busca con este proyecto hablar de su manera de abordar la pintura. Por esa razón, el contraste entre esas anotaciones sobre las paredes y la aparente inmediatez con que las obras son realizadas, provocan en mí como espectador un leve conflicto que se despeja cuando analizo no sólo la exposición, sino la manera en que Munuera trabaja en su estudio, así como la propia actitud del pintor frente a la vida. Pocos pintores restan como él importancia a lo que hacen, sin caer en poses ensayadas, pero por supuesto consciente de lo que tiene entre manos. Pocas veces hablar de pintura se convierte en un hecho cotidiano como lo es aquí y pocas veces el resultado está muy por encima de lo que a priori cabe esperar.

Supone un gesto de sensatez y humildad sin precedentes el hecho de que un pintor tome una distancia exactamente proporcional con respecto a los diferentes lugares en que la pintura parece desarrollarse en la actualidad. Nico Munuera rehúsa caminar de la mano de una pintura cercana al poema, pero también de la que se presenta tan dirigida que elimina cualquier posible imprevisto, cualquier posible contacto con lo visceral. Munuera reivindica el saber hacer del pintor y el ejercicio de pintar no como un hecho que desborde el resultado que inicialmente se intuye, sino más bien desde un lugar cercano al del artesano. De lo que él nos habla es de ese lugar conocido, de un segmento a medio camino entre lo emocional y lo racional que permite sorprenderse a uno mismo, pero siempre dentro de unas probabilidades para nada aleatorias. En una entrevista publicada en 2007, a la pregunta *¿de qué hablas en tu pintura?* Responde: *No tengo muy claro de qué estoy hablando pues no hablo, sino que pinto. [...] Cuando pinto no hay un mensaje previo en palabras que intento transcribir en color. Me relaciono con la pintura directamente desde la pintura.*¹

La pintura adquiere un carácter de ensayo error, de gesto aprendido que se desborda hasta cierto punto sobre el soporte, pero que raras veces envuelve a quien la ejerce en ese halo místico de permanente deleite. Es razonable, sería poco serio que tras años de dedicación a un oficio, el resultado nos sorprendiese diariamente como si al abandonar el estudio cada tarde sufriésemos una suerte de inmersión en las aguas del río Lethes.

En un texto que Rudi Fuchs escribió en 1982 para el catálogo de la exposición de Imi Knoebel en el Stedelijk Van Abbemuseum, afirmaba: *Lo que no es cierto, pero sin embargo se cree que es así, es la idea común de que el arte abstracto puede ser imaginado en la cabeza, esbozado y fácilmente calculado. Las obras, las piezas únicas y los ensamblajes son sorprendentes y misteriosos, pero se desvelan de forma silenciosa, con gran discreción. Una mirada rápida no es suficiente: debemos mirar intensa y repetidamente, en realidad debemos espiar: por lo menos tanto como el artista lo ha hecho en su solitario estudio.*²

Con *La medida de la intuición*, Nico Munuera reflexiona acerca de ese no lugar en que lo matemático y lo irracional se cruzan, sin que ello exija la existencia de un espacio real de confluencia, sino más bien de un limbo en que ambas y ninguna se podrían dar. Se trata entonces

¹ MUNUERA, Nico. *Una conversación entre Burden Rostock y Nico Munuera*, en *Llegando a Xuwan*, Galería Tomas March, Valencia, 2007.

² FUCHS, Rudolf Herman. *Imi Knoebel*, Stedelijk Van Abbemuseum, Eindhoven, 1982.

de asumir un punto difuso, ya no de conflicto, sino más bien de paso en que se produce un roce semejante al de una entrada de mar en el cauce del río. Es un hecho gradual, no violento, que se repite de forma cíclica y configura un ecosistema específico. Que no permite una definición estricta más allá de lo científico y que sin embargo sucede. Se presenta entonces la duda acerca de cuánto de dulce y cuánto de salada tendrá entonces esa agua.

¿Quién podría asegurar frente a cualquiera de estas pinturas que cada decisión no ha sido cuidadosamente calculada? ¿Cómo entender que esas decisiones desbordan lo previsto en base a un catálogo de accidentes aprendidos? ¿Cómo negar la emoción frente a algo que, aunque medido e insertado dentro de esa tabla de posibilidades, nos muestra lo sutil de un acto violento? *Un grupo de personas va a ser pasado por las armas por alta traición. Están esperando ante los muros de un hospital, entre charcos. Otoño. Se ordena a los condenados a muerte quitarse el abrigo y los zapatos. Uno de ellos se separa del grupo, cruza, con sus calcetines agujereados, durante largo tiempo, los charcos hasta encontrar un sitio seco, para su abrigo y sus botas, objetos que un minuto después ya no necesitará.*³ Sería algo así.

En una exposición titulada *To paint or not to paint* que Nico Munuera realizó en 2009 en torno a la colección permanente del Museo de Bellas Artes de Murcia, una de las salas albergaba un vídeo en que el artista preparaba, batidora en mano, los colores con los que trabajaría a posteriori. El hecho de mostrar los bordes de la pintura, lo que precede al acto de pintar, y presentar después las obras sobre las paredes, evitaba que el público contemplase la acción en el instante exacto en que ésta tenía lugar. Munuera elude exhibir ese ejercicio de introspección que es la pintura, que raras veces se ofrece al espectador, y que cuando se muestra no suele resultar sincero. Presenta así la parte más rutinaria de su trabajo, quizás para restar importancia, quizás para dejar claro que tras la pintura, como tras la fontanería, existe una preparación que baja al pintor a la tierra, que lo hace vulnerable y lo expone a los asuntos mundanos. El pintor saca la basura, lava el coche, friega los platos y recoge a sus hijas en el colegio.

¿A qué punto pretende entonces llevarnos Nico Munuera con *La medida de la intuición*? Apuesto a que en este proyecto, como en su pintura en general, hay una parte de verdad y otra de mentira. La verdad es que la pintura está ahí y que su distribución espacial responde a un plan casi obsesivo. Cada pieza ocupa el lugar para el que ha sido concebida y en ello se basa el diálogo que estas mantienen. La mentira, entendida como gesto irónico, es esa respuesta a la exigencia de explicarlo todo. Todo conocimiento parece cobrar más sentido cuando somos capaces de acotarlo. Es por esa razón que Nico Munuera evita hacer bocetos, porque probablemente serían una impostura. Sin embargo, sus catálogos contienen siempre esas anotaciones relativas a la disposición espacial que podrían entenderse como esbozos.

Esas notas sobre el muro y sobre el papel nos llevan a fruncir el ceño y preguntarnos entonces hasta qué punto la verdad y hasta qué punto la mentira. ¿Tiene la pintura lugar de un modo más intuitivo? ¿Tiene su origen en algo aprendido? ¿Funciona como un oficio en el que a base de perseverar se adquiere un alto grado de dominio? *La medida de la intuición* trata de arrojar luz acerca de lo que se nos escapa, de fijar sobre el papel unas notas que reivindicquen un modo de trabajar y abre la puerta al mismo tiempo a aventurarse hacia eso que ignoramos.

³ TARKOVSKI, Andrei. *Esculpir en el tiempo*, RIALP, Madrid, 1996.